

De la humillación a la exaltación

Jesús, el Siervo Sufriente

Yo declaro, es una frase popular entre muchos cristianos. La utilizan para predecir sanidades, buena economía o éxito en la vida. Con frecuencia los escucho afirmar: "Declaro victoria", "prosperidad" o "éxito" sobre tu vida. Estas declaraciones se hacen pensando en las promesas que contiene la Biblia, las cuales el cristiano tiene el derecho de reclamar y el poder para pronunciarlas. No dudo que la Biblia contenga promesas de bendición, pero también contiene demandas que debieran ser declaradas para la edificación del creyente.

Las declaraciones se llamen proféticas o de fe, concentran su atención en la prosperidad, pero dejan de lado el costo del discipulado, el cual es parte fundamental en el crecimiento hacia la madurez del carácter cristiano (Stgo.1:2-4). Se busca así el éxito sin tomar en cuenta el costo para lograrlo. Es un ofrecimiento que evita el sufrimiento (Cf Mt.4:5-11). Desde la perspectiva bíblica, el éxito tiene que cabida pero no evitando el costo. Por ejemplo, la exaltación de Cristo fue precedida de su humillación. La cruz antecedió al trono. Modela el servicio aún a costa de la vida. Con la idea de crecer en este desafío, reflexionamos en el proceso de Jesús que el profeta Isaías detalla en su 4º canto sobre el Siervo Sufriente en su capítulo 53.

En primer lugar, Isaías predice el desprecio y rechazo de Cristo. Con asombro pregunta, "¿Quién ha creído a nuestro mensaje y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Creció en su presencia como vástago tierno, como raíz de tierra seca. No había en él belleza ni majestad alguna; su aspecto no era atractivo y nada en su apariencia lo hacía deseable. Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, habituado al sufrimiento. Todos evitaban mirarlo; fue despreciado y no lo estimamos" (53:1-3NVI). No fue un desprecio por su apariencia física, sino al carácter demandante de Jesús. Denunció la hipocresía del liderazgo judío, sus interpretaciones equivocadas de la Escrituras y un sistema religioso que oprimía al pueblo de Dios (Lc.12:1; Mt.22:29; Jn.9:18-23) Se podría afirmar que "ellos no estaban de acuerdo con él, y él a la vez disenta con ellos" (J. Stott, 1975:7). Es decir, los judíos no rechazaron a Jesús porque no vieron nada bueno en él, sino porque amenaza sus intereses y ponía en riesgo el status quo. Por ello, lo rechazaron, conspiraron en su contra y buscaron eliminarlo.

En segundo lugar, Isaías explica las razones de la humillación y muerte de Cristo. Afirma: "Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo consideramos herido, golpeado por Dios y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeliones y molido por nuestras iniquidades. Sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz y gracias a sus heridas fuimos sanados. Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros" (53:4-6). Este horrendo cuadro de humillación lo llevó a la pantalla grande Mel Gibson en la pasión de Cristo. Aunque parezca una exageración así fue la muerte de Cristo.

El texto subraya que Cristo fue humillado, golpeado y vejado por causa de nuestras rebeliones, iniquidades, nuestra paz y salvación. Sufrió desprecio, violencia y muerte de cruz a manos de los judíos; y a la vez, sufrió tal muerte porque Dios Padre así lo dispuso, y porque Cristo entregó su vida voluntariamente (Hch.2:23; He.10:5-7). Jesús tenía claro que debía ofrecer su vida para lograr nuestra salvación. Que su exaltación precedía su humillación (Fil.2:5-8). Nuestro corazón siempre debiera irrumpir en adoración a quien, sin importar el desprecio, el sufrimiento y la muerte, entregó su vida por nosotros siendo pecadores, enemigos e incapaces de salvarnos (Ro.5:6,8,10). Hoy, resulta irónico que líderes y muchos cristianos buscan éxito, exaltación o servir, pero sin estar dispuestos a pagar el costo del discipulado. Otros se sorprenden cuando asoma el sufrimiento pues no tienen conciencia que es parte del ser cristiano. La cruz de Cristo, es la muestra del amor de Dios para la humanidad, pero también es símbolo que nos desafía a servir a otros aún a costa de la vida.

En tercer lugar, Isaías describe la exaltación de Cristo y los honores que recibió. Declara: "Después de su sufrimiento, verá la luz y quedará satisfecho. Por su conocimiento mi siervo justo justificará a muchos y cargará con las iniquidades de ellos. Por lo tanto, le daré un puesto entre los grandes y repartirá el botín con los fuertes, porque derramó su vida hasta la muerte y fue contado entre los transgresores... muchas naciones se asombrarán y en su presencia enmudecerán los reyes, porque verán lo que no se les había anunciado y entenderán lo que no habían oído" (53:11-12; 52:15). Luego de su humillación la luz despeja las tinieblas, disfruta del gozo de haber sufrido por nuestra salvación. Su exaltación y recompensas llegan sólo después de haber derramado su vida hasta la muerte. El Padre le da un trono, será exaltado y los reyes reconocerán la grandeza de su obra expiatoria y su Majestad. Su ejemplo subraya que no hay exaltación sin humillación, no hay trono sin cruz.

El desafío para todos los cristianos es evaluarnos a la luz del paradigma del Siervo Sufriente. Sobre todo, porque en nuestra sociedad el éxito, la relevancia o la ganancia son los signos de prosperidad. Henri Nouwen subraya que, ante la búsqueda de la relevancia, "Hay necesidad de que el líder del futuro sea quien se atreva a proclamar *su irrelevancia*... como vocación divina que le permita entrar en profunda solidaridad con la angustia que subyace en el brillo del éxito, y llevar hasta allí la luz de Jesús" (1999:30). Nos corresponde también, evaluar nuestro compromiso con la verdad del evangelio. Los líderes judíos rechazaron a Jesús porque le dijo la verdad sin cortapisas y denunció sus pecados. ¿Endulzando la Palabra para que no ofenda o incomode a nadie? No olvidemos que la cruz es tropiezo para los judíos, y locura para los gentiles (1 Co.1:3). Finalmente, recordemos que Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (1 Ped.5:5). Si queremos imitar a Jesús, debemos tomar en cuenta el costo del discipulado. El paradigma del Líder Sufriente esta delante nuestro.

Israel Ortiz
Director
Centro Esdras